



ERDOĞAN, EL ALIADO INCÓMODO.

Los procesos electorales de 2023

Las elecciones presidenciales y parlamentarias celebradas en Turquía en mayo (el 14 la primera vuelta de las presidenciales, además de las parlamentarias, y el 28 la segunda vuelta de aquellas) han confirmado el indiscutible poder de un líder populista iliberal, Recep Tayyip Erdoğan, y de su partido-Estado, el AKP. Los resultados han desmentido a los sondeos previos que habían pronosticado una victoria de la oposición algo que, de haber ocurrido, hubiera supuesto un vuelco histórico tras veinte años seguidos de gobiernos de este líder. Entre otros factores, un triunfo de la alternativa dirigida por Kemal Kiliçderöglu hubiera podido restaurar la democracia pluralista y mejorar las relaciones con la OTAN y, sobre todo, con la UE. Las encuestas, por el contrario, acertaron al señalar que ningún candidato obtendría el 50% más uno de los votos en las elecciones presidenciales y que sería necesaria una segunda vuelta dos semanas después, pese a la incomodidad que ello ha supuesto para Erdoğan, convencido de ganar a la primera, algo que no había ocurrido en las dos ocasiones anteriores, 2014 y 2018.

Las elecciones del 14 de mayo tuvieron una alta participación, entre otros factores porque en Turquía el voto es obligatorio, y han dado paso al Parlamento más escorado a la derecha, dominado por el AKP y los *ultras* del MHP, más algunos independientes próximos (322 diputados sobre 600), habiendo obtenido mediocres resultados el histórico CHP que lidera la oposición. Los nacionalistas kurdos, que tuvieron que

recurrir a un partido instrumental ante el riesgo de ser ilegalizados, experimentaron asimismo un cierto retroceso de unos tres puntos con relación a 2018. En las presidenciales Erdoğan se colocó en la primera posición, Kiliçderöglu en la segunda, Sinan Ogan (*Alianza Ancestral*, de extrema derecha) en la tercera y Muharren Ince (un populista vagamente *progresista*) en la cuarta pues pese a que se retiró su nombre figuró en las papeletas. Los resultados de la primera vuelta provocaron decepción en las filas opositoras y apatía e hicieron prácticamente imposible derrotar a Erdoğan en la segunda.

Como régimen fácticamente iliberal que es, Turquía presenta diversas deficiencias en sus procesos electorales: aunque los observadores de la OSCE han admitido que las elecciones de mayo de 2023 fueron competitivas, añadieron que presentaron numerosas irregularidades. Ya en el referéndum de reforma constitucional de 2017 las autoridades aceptaron un millón de votos sin sellar (y debe recordarse que el proyecto presidencialista de Erdoğan triunfó por la mínima- 51.4 frente a 48.5 contrario- lo que hace un tanto sospechoso el resultado final), por no mencionar el *fiasco* oficialista tras forzar la repetición de elecciones municipales en Estambul que, por cierto, en ese caso volvió a ganar la oposición. En la actual convocatoria, algunos observadores internacionales fueron vetados y los candidatos oficialistas disfrutaron de muchas ventajas y de una cobertura mediática desproporcionada. Además, solo ha conseguido sobrevivir una modesta



agencia independiente para el recuento de votos (la *Anka Agency*), frente a la todopoderosa y oficialista *Anadolu*. Turquía tiene asimismo uno de los umbrales de exclusión más elevados del mundo para obtener representación política, aunque fue rebajado en esta ocasión para favorecer a los *ultras*: del 10% nacional anterior al 7% actual. En las zonas afectadas por el grave terremoto de febrero de este año solo se registró el 25% de los censados para poder ejercer su derecho de voto. Se produjo un enorme desequilibrio entre los partidos del gobierno (coaligados como *Alianza Popular*), que contaron con todos los resortes del Estado, y los de la oposición que tuvieron que hacer frente a numerosas trabas. Baste como botón de muestra el reparto de espacios propagandísticos en las radios y televisiones públicas que transmitieron 32 horas de intervenciones de Erdoğan en campaña y 32 minutos (*sic*) en total de apariciones de Kılıçderöglü. El principal aliado del AKP, el MHP, disfrutó de 25 horas de publicidad, mientras que la *Alianza de la Nación* (la coalición opositora liderada por el CHP) solo gozó de diez minutos (*sic*) en *toda* la campaña.

En definitiva, son diversas las causas que explican el triunfo de Erdoğan y el AKP: un líder caudillista carismático ha conseguido ser un referente simbólico suprapartidista del Estado y de la nación y el control de las prácticas clientelares y los anuncios populistas (aumento de los salarios y de las pensiones, así como de los subsidios a las *pymes*) le han reforzado, a lo que hay que añadir la estrategia oficialista de vincular continuamente la *Alianza* opositora al “terrorismo” kurdo, algo que resultó muy eficaz. Por lo demás, de nuevo se ha confirmado en Turquía el *gap* electoral territorial entre las costas *liberales* y el interior (salvo Ankara) ultraconservador, al margen de las carencias y errores de la propia coalición opositora.

El país y el proyecto de Erdoğan

Turquía es un Estado poblado por unos 86 millones de habitantes (más de 50 millones son electores potenciales), con un índice de pobreza del 21.3% (la extrema representa el 16.6%) y con un creciente aumento de las desigualdades: el 20% más rico recibió el 47.5% de los ingresos totales, mientras que el quintil más pobre solo el 6%. Turquía ha tenido un crecimiento económico muy desordenado, condicionado por los préstamos extranjeros, y ralentizado desde 2022. En efecto, se ha disparado la inflación (un 80% interanual), se ha depreciado la lira, el déficit comercial es alto, el coste de las divisas es mayor, el paro ha aumentado al 13% (antes de 2022 estaba sobre el 10%) y se ha producido un serio retraimiento de las inversiones extranjeras pues se han retirado más de 7.000 millones de dólares del mercado de valores turco. En este sentido, el balance de los últimos gobiernos de Erdoğan no es nada boyante: gestionó de modo muy deficiente la pandemia, además de no paliar a fondo el desastre de los terremotos (50.000 muertos y tres millones de desplazados).

En este sentido, hay un contraste entre el primer Erdoğan y el actual, pese a que incluso el inicial- que dejó una impresión más bien positiva- respondió mucho más a un puro tacticismo pragmático que a sus verdaderas intenciones. Este líder se presentó al principio con un rostro moderado, reformista y europeísta y su partido, el AKP fundado en 2001, pareció querer configurarse como una democracia musulmana en la senda de las democracias cristianas occidentales. De entrada, no se presentó como un político islamista, sino como un nacionalista modernizador que quiso jugar la carta europea. Sin embargo, la UE de hecho le acabó cerrando las puertas dando largas a falsas negociaciones que no llevaron a nada. Turquía solo consiguió cerrar un capítulo muy menor (sobre investigación) de los 35 que hay que acordar.



El portazo europeo y los acontecimientos de 2016- el fracasado golpe de Estado- inclinaron a Erdoğan a intensificar la represión y a endurecer el autoritarismo, lo que puso fin a un eventual “modelo turco” pluralista que hubiera podido tener influencia positiva en el mundo musulmán.

Esto no quita que Erdoğan *siempre* haya tenido un proyecto islamista, pero lo ha impulsado de forma gradualista y con dosis de pragmatismo. El AKP era muy consciente de que no podía repetir los errores de dos anteriores formaciones islamistas que quisieron ir deprisa y mostraron a las claras sus intenciones, lo que provocó su ilegalización toda vez que los aparatos judicial y militar del Estado no estaban en sus manos. Erdoğan y el AKP tomaron muy buena nota para adecuarse a los requerimientos formales de un régimen militantemente laico fundado por el mítico Mustafá Kemal (Atatürk) en 1923. Tras el fracaso del golpe de Estado de 2016 el proyecto islamista ha avanzado más deprisa: en 2020 se organizó por primera vez un acto religioso en Santa Sofía, un templo que Atatürk desconfesionalizó, y Diyanet (Dirección de Asuntos Religiosos) dispone ahora de un enorme presupuesto, una gran burocracia e interviene en todos los ámbitos de la vida social. El proyecto de Erdoğan es, a la vez, neootomano e islamista pues vincula estrechamente un nacionalismo de resonancias imperiales con la confesionalidad. Se trata de convertir al islam en uno de los grandes pilares de la identidad otomano-turca, de ahí la exaltación histórica de sultanes como Mehmet II (1432-1481), el conquistador de Constantinopla, el gran Süleyman I (1494-1566), es decir, Solimán el Magnífico para los occidentales, y Abdülhamid II (1876-1909) por el proyecto reislamizador de este sultán.

El progresivo cambio de régimen

Erdoğan encarna una muy alta concentración del poder y se ha convertido en el líder más fuerte en la historia de la Turquía republicana tras Atatürk. El fracaso

del golpe de Estado de 2016, atribuido a los partidarios de Fethullah Gülen, ha reforzado el verdadero proyecto de fondo autoritario y represivo de Erdoğan ya que ha sido el gran pretexto para proceder a una severa depuración de las fuerzas armadas y policiales, de la magistratura y de los medios de comunicación. A partir de ahí, cambió el régimen tras un discutible referéndum en 2017 para pasar del parlamentarismo al presidencialismo, algo que se vio acompañado de un distanciamiento frente a Occidente y de una intensificación del nacionalismo, la religión y el culto a la personalidad. Como ultranacionalista que es, Erdoğan cultiva la mitología panturanista, de ahí su vocación internacional expansiva en el área del Mediterráneo oriental y en los países turcofonos exsoviéticos para configurarse como potencia intermedia indiscutible. A este caudillo le resulta insufrible la crítica y su ultrapersonalismo le lleva a identificarse con la patria: atacarle es hacerlo a la nación que él supone encarnar monopólicamente. Una vez más se confirma la poderosa fuerza social cohesionadora del nacionalismo toda vez que Erdoğan recurre a teorías conspirativas (Turquía “atacada” por misteriosos agentes extranjeros) para movilizar a sus votantes, algo que previsiblemente alcanzará su paroxismo a finales de este año cuando se celebre el centenario de la República turca. El nacionalismo de Erdoğan tiene una intensa dimensión religiosa ya que este líder ha conseguido ir desarrollando su proyecto islamista venciendo todos los obstáculos, fundamentalmente las fuerzas armadas y la magistratura constitucional, a las que ha doblegado tras el fracaso del golpe de Estado de 2016. Se ha impuesto un discurso nacionalista identitario, de rasgos étnicos, que blindo a sus seguidores, inmunes a cualquier otro mensaje, e incluso ha captado infortunadamente a buena parte de la oposición. Esta hegemonía ultranacionalista turca solo tropieza con un obstáculo insuperable, la resistencia kurda. En efecto, la cuestión kurda es una verdadera obsesión para Erdoğan: de entrada, llegó a negar la existencia de los kurdos (para él, “los turcos



de las montañas”), pese a que, por un momento, llegó a tolerar el uso de la lengua propia de este pueblo en escuelas (fuera del horario lectivo) y algo en los medios de comunicación. Actualmente para Erdoğan la cuestión kurda no es un problema de reconocimiento y de autonomía- que el rechaza-, sino de “terrorismo” y de “separatismo”, lo que ciega cualquier resolución razonable del conflicto etnoterritorial.

Erdoğan tiene una visión ideológica que combina neootomanismo, panturanismo e islamismo; es decir, una concreción del ultranacionalismo con veleidades imperiales e identitario-étnicas y en esta última dimensión es particularmente virulento su recalcitrante negacionismo del genocidio armenio- que, por cierto, no fue responsabilidad de la República kemalista, sino del Sultanato en plena primera guerra mundial-, hasta el punto de que en Turquía reconocer su existencia histórica puede ocasionar problemas judiciales y ha provocado algunos incidentes diplomáticos con algunos países europeos. En realidad, Erdoğan es mejor táctico que estratega, pero el hecho de que lleve veinte años en el poder y haya ganado una vez más las elecciones en 2023 puede indicar que no estaba tan desdibujado su proyecto. Se trata de un caudillo que combina hábilmente megalomanía y cierto pragmatismo y parece aspirar a ser a la vez Sultán (poder político) y Califa (líder espiritual). Por lo demás, no se puede ignorar que sus concepciones económicas son claramente favorables a las tesis neoliberales, con dosis de paternalismo clientelar y corrupción.

En el despliegue de su proyecto, Erdoğan tuvo que hacer frente a un delicado problema: ¿qué hacer con unas fuerzas armadas muy mayoritariamente kemalistas? El régimen fundado por Atatürk se configuró como estrictamente laico, pero más allá de la separación entre el Estado y la religión la clave para el fundador era la del control político de los clérigos. Erdoğan ha ido sorteando gradualmente las resistencias y así ha favorecido el uso del velo islámico femenino en las Universidades, los rezos

preceptivos de los funcionarios o la oficialización de las madrasas (escuelas islámicas). Los militares turcos tienen una larga tradición intervencionista golpista (1960, 1971, 1980, 1997 y 2016), pero el fracaso de la última intentona fue desastroso para su autonomía corporativa y Erdoğan por fin pudo depurarlos a fondo. Turquía tiene el segundo ejército de la OTAN, dedica el 20% de su presupuesto a actividades militares, incluyendo las industriales y tecnológicas (son famosos los drones turcos) y sus fuerzas armadas tienen mucha experiencia bélica (Siria y Kurdistán). En suma, Erdoğan sabe que Atatürk sigue siendo un mito nacional fundacional intocable, pero ha podido sortear en la práctica algunos elementos de su legado ideológico, algo que asimismo se ha visto favorecido por el hecho de que los herederos del kemalismo empeoraron y mucho el legado histórico del “padre de la patria”.



Fuente: EFE Noticias

A la vista de todo esto, ¿cómo definir en términos académicos el régimen de Erdoğan? Se trata de una encarnación perfecta del tipo de regímenes híbridos que han sido calificados por los politólogos como “democraduras”, “democracias solo electorales” o “democracias iliberales”: en esta variante no funciona la división de poderes, el Estado de derecho es una mera apariencia, apenas hay medios de comunicación críticos y la oposición tolerada prácticamente no puede ganar



nunca. En Turquía hay unos 40.000 presos políticos (unos 11.000 son nacionalistas kurdos, el resto supuestos “gülenistas”) y cerca de 200 periodistas encarcelados (nada menos que un tercio del total mundial) y tanto la Junta Electoral Suprema como el Consejo Supremo de Radio y TV, así como la Dirección de las Tecnologías de la Información están férreamente controlados por el gobierno. La concepción de la democracia en Erdoğan es puramente instrumental, no es más que una forma política manipulable que le sirve para autoperpetuarse en el poder. En consecuencia, actualmente la pseudodemocracia turca es irreformable, el régimen de Erdoğan ha echado muy sólidas raíces en el poder y las inercias del “Estado profundo” en Turquía bloquean cualquier avance democrático real. En vísperas de las recientes elecciones por un momento pareció que, por fin, había surgido una oportunidad para acabar con un régimen iliberal, pero de nuevo los abundantes resortes del poder han impedido la alternativa, una desgracia para los demócratas turcos y un alivio para gobernantes iliberales como Viktor Orbán, Jaroslaw Kaczyński (el verdadero hombre fuerte de Polonia), Nicolás Maduro o Daniel Ortega.

Los partidos políticos

El AKP tomó muy buena nota de lo que ocurrió con los partidos islamistas que fracasaron previamente, para no incurrir en sus errores: el RP llegó al poder en 1995, siendo prohibido por el Tribunal Constitucional en 1997 y aunque se reconstruyó como FP también fue ilegalizado puesto que los magistrados concluyeron que tales organizaciones ponían en serio peligro los fundamentos laicos de la República turca. Necmettin Erbakan acentuó en exceso su islamismo y su antioccidentalismo y eso fue su perdición, de ahí que el AKP procediera de modo mucho más cauteloso. De un lado, AKP se estructuró formalmente como partido conservador moderno, respetuoso de los procedimientos democráticos, y de otro, consiguió ser visto como el partido del *sano*

pueblo frente a las corruptas y viejas élites del *establishment*. Fue un logro de Erdoğan conseguir que el AKP fuera durante algún tiempo “observador” en el Partido Popular Europeo y su propuesta de configurar una “democracia musulmana” en la estela de las democracias cristianas occidentales pareció sugerir la aparición de un interesante “modelo turco” pluralista. En realidad, su programa aparentemente no islamista le permitió sortear la ilegalización- estuvo cerca de ello- y su gradualismo pragmático fue muy eficaz. Tras el fracaso del golpe de Estado de 2016 el AKP se ha convertido en un partido-Estado que cuenta con una muy sólida base popular de apoyo- gracias a prácticas clientelares- y apoyo de importantes sectores económicos dominantes, con un alto *gap* entre las costas (liberales) y el interior (conservador). El AKP tiene una muy elevada afiliación (nada menos que el 13% del censo electoral turco) porque eso abre las puertas para recibir subvenciones y conseguir contratos públicos.

En las elecciones de mayo el AKP ha forjado una coalición de cuatro partidos (*Alianza Popular*) que cuenta además con el apoyo externo de otros dos. El más importante es el MHP, un partido de extrema derecha dirigido por Sinan Oğan, beneficiado de entrada por la rebaja del umbral electoral – aunque, al final, superó por poco la vieja barrera del 10%- , más el HP (heredero del grupo armado Hezbolá) y el BBP. Algunos de estos partidos exigen disputarle a Grecia la plataforma marina, expulsar a los cuatro millones de refugiados sirios, ilegalizar las asociaciones LGTBIQ+ y derogar leyes que protegen a la mujer frente a la violencia machista y el divorcio. Más allá de los partidos *ultras* existe un movimiento ideológico transversal de nacionalismo étnico turco que ha captado a 90 diputados sobre 600: se trata de *Ülkücü*. Lo más grave es que el discurso reaccionario es dominante y se ha generalizado e incluso la oposición lo ha asumido en parte: Kılıçdaroğlu se ha pronunciado contra los refugiados que supuestamente “amenazarían” la supervivencia de la nación



turca, legitimando así tesis xenófobas excluyentes.

Kılıçdaroğlu ha intentado revitalizar al histórico partido CHP- fundado por Atatürk-, con cierto aroma socialdemócrata, pero para captar voto centrista anunció recetas económicas muy moderadas que hubieran implicado asimismo austeridad fiscal. Con todo, prometió recuperar 418.000 millones de dólares de fondos estatales transferidos por el Tesoro a la “banda de los cinco” (los cinco mayores conglomerados financieros y empresariales de Turquía), lo que explica que este consorcio apoyara casi totalmente a Erdoğan, mucho más receptivo con sus intereses. Kılıçdaroğlu carece de carisma y ha ofrecido siempre una imagen de perdedor, aunque se ha ganado buena fama como persona modesta, negociadora y honrada. Para evitar que sus creencias religiosas fueran excusa para sectarios, las hizo públicas de inmediato: es aleví, un credo próximo al chiismo minoritario en Turquía y el propio Erdoğan se vio obligado a afirmar que respetaba todas las creencias confesionales.

El problema de la coalición liderada por el CHP ha sido el de su gran heterogeneidad ya que no solo incluye a centristas (IYI), sino a escisiones del AKP muy poco fiables y claramente orientadas hacia el ultranacionalismo y el islamismo. Salvando las distancias, cabe recordar que cuando en Japón se pudo echar al sempiterno Partido Liberal Democrático del gobierno (entre 1993 y 1995) fue gracias a una extraña coalición con tráfugas de ese partido que, año y medio después, volvieron al redil al ser comprados por aquel. Por lo demás, el apoyo táctico de los kurdos al CHP tiene efectos ambivalentes: si Kılıçdaroğlu busca su acuerdo, Erdoğan lo acusa de connivencia con “separatistas” y “filo terroristas” (un discurso que resulta muy familiar en España), pero si renuncia a tal apoyo entonces sus posibilidades son nulas.

Las relaciones exteriores

Erdoğan es un aliado a la vez incómodo e indispensable para Occidente: él sabe que no

puede romper con la OTAN, pero en su seno mantiene una ambigüedad calculada. Por ejemplo, Turquía adquirió el sistema antiaéreo ruso S-400, algo que molestó sobremanera a los EUA, pero por otra parte eso le ayudó a mediar y conseguir que Ucrania pueda exportar cereal por mar. En Siria, Turquía ha ocupado partes del norte que estaban en manos kurdas, en contra de los intereses de los EUA, a la vez que Erdoğan ha dosificado el ingreso de Finlandia y Suecia en la OTAN pues ha acabado dando luz verde al primer país, pero de momento no al segundo. En Libia, Turquía apoya militarmente a una de las partes en conflicto (al gobierno de Trípoli), algo que viola el embargo de armas decretado por la ONU. En definitiva, Erdoğan se entendió mucho mejor con Trump que con Obama y Biden y todos los episodios mencionados son un reflejo del impulso nacionalista que guía su acción política.

Erdoğan ha tomado buena nota de que la UE no tiene el menor interés real en incorporar a Turquía, lo que ha reforzado la opción panturanista (proyectar su influencia en los países turcofonos ex soviéticos) y mejorar sus relaciones con Rusia, China e Irán. La UE está atrapada por su lamentable política migratoria: al ser internamente incapaz de pactar una política migratoria común, ha decidido externalizar y subarrendar en Turquía la acogida de enormes flujos de refugiados sirios. Naturalmente, es histórico el enfrentamiento con Grecia por la delimitación de la plataforma marítima y en el espinoso asunto de la reunificación de Chipre hay que señalar que, en 2004, Turquía no se opuso al razonable compromiso que rechazaron los grecochipriotas. En estas circunstancias, Erdoğan ha elevado el listón de exigencias como elemento de presión, lo que ha enquistado un conflicto irresoluble. La reactivación del panturanismo ha tenido algunos éxitos notables al haber recibido Erdoğan el decidido apoyo de Azerbaiyán, muy agradecido por la ayuda militar turca que le ha permitido derrotar a Armenia. En la guerra de Ucrania Turquía no sanciona a



Rusia y, aunque ha criticado la invasión, no ha cerrado el espacio aéreo y permite a los buques rusos que tengan bases en el Mar Negro atravesar los estrechos.

En conclusión, la política exterior de Erdoğan quiere colocar a Turquía como eje central del área, lo que le ha llevado asimismo a incrementar sus relaciones con los países árabes (Arabia Saudí, Emiratos, Egipto), con su presencia en Siria (en este caso, contraria a Bachir El Assad), con rechazo de las sanciones occidentales a Irán y con una cooperación- no exenta de algunos vaivenes circunstanciales- con Israel.

Por último, hay que mencionar que Erdoğan quiere mantener las mejores relaciones con la segunda potencia mundial hasta el punto de que guarda un prudente silencio ante la represión china de los uigures musulmanes del Turkestán oriental. Con todo, las capacidades materiales de Turquía son limitadas y pese a haber forjado una línea internacional bastante independiente, Erdoğan no tiene todos los medios que desearía para imponerse.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera
Catedrático Emérito de Ciencia Política
Universidad de Barcelona

Siglas de los partidos turcos

- AKP: *Adalet ve Kalkınma Partisi* / Partido de la Justicia y el Desarrollo
- BBP: *Büyük Birlik Partisi* / Gran Partido de la Unidad
- CHP: *Cumhuriyet Halk Partisi* / Partido Republicano del Pueblo
- FP: *Fazilet Partisi* / Partido de la Virtud
- HP: *Hüda Par* / Causa Libre
- IYI: *Iyi Partisi* / Partido Bueno
- MHP: *Milliyetçi Hareket Partisi* / Partido de Acción Nacionalista
- RP: *Refah Partisi* / Partido del Bienestar
- *Ülcücü*: Idealistas
- YRP: *Yeniden Refah Partisi* / Nuevo Partido del Bienestar
- YSP: *Yeşil Sol Parti* / Partido de la Izquierda Verde



Resultados de las elecciones presidenciales.

Primera vuelta, 14 de mayo. Participación: 88.8%.

Candidato	Votos	%
Erdoğan, AKP	27.133.849	49.5
Kılıçdaroğlu, CHP	24.595.178	44.9
Oğan, Independiente/ MHP	2.831.239	5.2
Ince, Partido de la Patria	235.783	0.5

Segunda vuelta, 28 de mayo. Participación: 85.7.

Candidato	Votos	%
Erdoğan	27.725.131	52.1
Kılıçdaroğlu	25.432.951.	47.9

Resultados de las elecciones parlamentarias, 14 de mayo.

Partido	Votos	%	Diputados
AKP y aliados	19.387.412	35.6	268
CHP y aliados	13.791.299	21.5	169
MHP	5.484.515	10.0	50
IYI	5.272.482	9.6	43
YSP	4.803.774	8.8	61
YRP	1.529.119	2.8	5

(Hay que añadir al total cuatro diputados no adscritos)



Fuentes de referencia

- Ch. Cruciati: “Turquía no es (solo) el Parque Gezi”, *Sin Permiso*, 16 de mayo 2023.
- F. Ghilès: “¿Será el terremoto la roca tarpeiana de Erdogan?”, *CIDOB Opinión*, 753, 2023.
- J. Jabbour: “La Turquie: une puissance émergente qui n’a pas les moyens de ses ambitions”, *Politique Étrangère*, 4, 2020.
- M. Jégo: “L’inexorable déclin de Recep Tayyip Erdogan”, *Politique Internationale*, 165, 2019.
- M. Jégo: “Les ambitions sans limites de M. Erdogan”, *Politique Internationale*, 169, 2020.
- A. Negri y M. Giorgio: “Turquía: la estrategia exterior de Erdogan. Dossier”, *Sin Permiso*, 4 junio 2023.
- M. Roberts: “La Turquía de Erdogan: ¿el fin de una era?”, *Sin Permiso*, 16 de mayo 2023.
- B. Sambur: “La gran transformación del islam como ideología política: el caso del AKP y Erdogan”, *La Vanguardia Dossier*, 32, 2009.
- D. Santoro: “La Turchia è il solo alleato di Ankara”, *Limes. Rivista Italiana di Geopolitica*, 4, 2019.
- E. Soler: “Qué hacer con la nueva política exterior turca”, *Política Exterior*, 34 (198), 2020.
- E. Soler: “Las cuatro pruebas de Turquía”, *Política Exterior*, 36 (210), 2022.
- E. Uslu: “Turquía: amenaza de derrota para Erdogan”, *Sin Permiso*, 6 abril, 2023.
- E. Uslu y S. Orguz: “Turquía: Erdogan y las elecciones del 14 de mayo. Dossier”, *Sin Permiso*, 5 de mayo 2023.
- E. Uslu: “Turquía: el triunfo del nacionalismo rabioso”, *Sin Permiso*, 16 de mayo 2023.
- Varios: “La Turchia secondo Erdoğan”, *Limes. Rivista Italiana di Geopolitica*, 10, 2016.
- Varios: “Il turco **alla** porta”, *limes. Rivista Italiana di Geopolitica*, 7, 2020.
- F. Veiga: *El turco. Diez siglos a las puertas de Europa*, Debate, Barcelona, 2007.
- M. Yakovleff. “La Turquie, un allié très encombrant”, *Politique Internationale*, 169, 2020.

Publicat per:



Associació per a les
Nacions Unides
a Espanya
United Nations Association of Spain

Amb el suport de la:



**Generalitat
de Catalunya**

ANUE no subscriu necessàriament les opinions expressades pels seus col·laboradors.